

«Veamos lugares salvajes y vayamos al Brutio o a los bosques de Lucania». Pero también se necesita en medio de los desiertos, algo ameno en que descansen los voluptuosos ojos de la extrema aspereza de estos lugares erizados: «Partamos para Tarento y su alabado puerto y sus inviernos de clima suave, y hacia la opulenta región capaz de alimentar al gran número de sus antiguos habitantes... Mas ya, volvamos a Roma, pues demasiado tiempo descansaron los oídos del aplauso y el estruendo (del circo), y me agrada gozar ahora al ver como se derrama la sangre humana». Se toma un camino tras otro y unos espectáculos a otros se suceden. Como dice Lucrecio:

De este modo cada uno huye siempre de sí mismo (24). Pero ¿De qué sirve, si no se escapa uno de sí? Se sigue uno a sí mismo, y este pesado compañero estrechamente se nos une. Y así, debemos saber que el mal que padecemos no viene de los lugares, sino de nosotros mismos. Somos débiles para tolerar cualquier cosa y no soportamos el trabajo, ni el placer, ni nos soportamos a nosotros mismos ni a nada. A algunos les lleva esto a la muerte (al suicidio); porque, mudando de propósito a cada instante, vuelven sobre lo mismo y no dejan sitio a la novedad; les fastidia la vida y el mundo, y de los corrompidos deleites brota esta pregunta: «¿hasta cuando las mismas cosas?» (25). Basta la lectura de este párrafo para imaginar las situaciones análogas de nuestro tiempo.

En conclusión, puede notarse que efectivamente se encuentran en los escritos de Séneca problemas humanos que, siendo permanentes, se agudizan en determinadas épocas, lo que es indicio de la reiteración de ciertos momentos históricos, salvando las distancias. Séneca vive esos momentos con una mentalidad romana, pero se puede hablar de experiencias vitales análogas a las nuestras, y esto es razón suficiente para que sus escritos tengan de nuevo actualidad.



**ANGEL GANIVET: El estoicismo natural y humano de Séneca ha dado su esencia a los rasgos caracterológicos del español.**

(24) Este fragmento de verso corresponde al poema *De rerum naturae*, III, 1.066. Pero Séneca añade la palabra «siempre».

(25) *De tranquillitate animi*, II, 13 15.

## La obra y doctrina filosóficas de Séneca

Por SANTIAGO DOTOR

**L**UCIO Anneo Séneca «el Filósofo», de cuyo óbito se celebra este año de 1965 el décimonono centenario, sobresale en el nutrido acervo de extraordinarias personalidades que, pertenecientes a la vida de las letras y del espíritu, esmaltan aquellos brillantes siglos en los que Roma enarbola el estandarte de la civilización occidental y todo se atempera a las recias y graves formas de la latinidad. Es muy posible que nuestro gran coterráneo, ya en su cincuentena, convertido de hecho en la primera figura del Imperio, con su obra y doctrina haya dejado a la posteridad el testimonio de lo más profundo de la cultura y de la intelectualidad latinas; en tal sentido, alguien ha afirmado que Séneca constituye el auténtico creador y quizá único representante de lo que pudiera denominarse un *sistema de pensamiento latino*, una *filosofía romana*. No es necesario insistir, por tanto, en el extraordinario interés que para nosotros, nacidos en el mismo suelo que Séneca, asume la obra y doctrina filosóficas del más preclaro de todos los hispanorromanos. Genio universal que ya en vida logró ecuménica fama, y cuyo predicamento e influencia posteriores no han conocido límite, fronteras ni descenso.

\* \* \*

Al considerar en su integridad la producción escrita de Séneca suele hablarse de una parte propiamente filosófica y de otra literaria o dramática, pero tal aserto no supone el establecer una distinción tajante entre dos géneros que incorporaran contenido y estilo radicalmente diferentes e irreductibles entre sí. En efecto, mientras aquellas de sus obras habitualmente denominadas *filosóficas* muestran una notable perfección formal, un magnífico estilo, y, en consecuencia, serían ya excepcionales desde un punto de vista exclusivamente literario (así, por ejemplo, las insuperables *Epístolas a Lucilio*), las obras dramáticas de Séneca contienen por su parte importantes problemas y tesis centrados en su doctrina filosófica (semejante trasfondo doctrinal se hace manifiesto, sobre todo, en dramas como *Medea* y *Hercules furens*).

No nos ocuparemos aquí más que de las obras propiamente filosóficas que de Séneca se han conservado, en número de catorce, a saber: las tres *Consolaciones* (dirigidas a Marcia, a su madre Helvia Albina y a Polibio); los ocho *Tratados* o *Diálogos* (*De la Ira*, *De la brevedad de la vida*, *De la Clemencia*, *De la constancia del Sabio*, *De la vida dichosa*, *De la tranquilidad del alma*, *Del ocio* y *De la Providencia*); la obra *Sobre los beneficios*; las *Cuestiones naturales* y las *Epístolas morales a Lucilio*.

Las *Consolaciones* son discursos morales, dirigidos a una persona que ha sufrido un acontecimiento luctuoso, con la idea de ayudar a su restablecimiento espiritual. Aunque obras de carácter aparentemente literario, en las que Séneca hace gala de ese magnífico estilo de que hablamos, encierran en realidad profundas enseñanzas filosóficas y en ellas el genial cordobés se muestra como un gran psicólogo. La primera escrita (del año 40, o quizá ya del 38), la *Consolación a Marcia*, es también, posiblemente, la más interesante y profunda. Marcia, que ha perdido en poco tiempo a su padre, Aulo Cremucio Cordo, víctima del vesánico Sejano, y a dos hijos varones, es exhortada a buscar consuelo en la consideración de que la muerte no es el fin y de que el cuerpo constituye, en realidad, la prisión del alma. Séneca muestra, en forma magistral, la debilidad corporal del hombre y lo efímero de la vida de los sentidos y al final de la obra hace profesión de fe en la doctrina de la *ekpirosis* o aniquilamiento cíclico del Cosmos por el fuego, y en el eterno retorno o renovación universal, postulados ambos característicos del estoicismo clásico.

La *Consolación a Helvia*, escrita en el año 42 o en el 43, durante su *relegatio* o deportación a Córcega, si bien no tan profundamente filosófica como la anterior, aventájala en valor literario. Es una obra bellísima y en ella Séneca, con una fuerza expresiva poco común, trata de elevar el ánimo de su madre, Helvia Albina, apenada por cúmulo de desgracias y de muertes que en poco tiempo ha sufrido la familia Annea. En cambio, la *Consolación a Polibio* es una obra de circunstancias, escrita también hacia el año 43 o comienzos del 44, época en la que nuestro filósofo se hallaba sumido en aguda depresión psíquica a consecuencia de su reciente deportación a Córcega, crisis vital que justifica en cierto modo la redacción de la obra, la cual causó un pésimo efecto entre los amigos y partidarios de Séneca; parece que éste, posteriormente, intentó hacerla desaparecer, sin conseguirlo. Polibio, indeseable personaje de origen griego, era liberto de Claudio, amante de Messalina y hombre entre los de mayor influencia en la corte imperial. Séneca, con el pretexto de hacerle consideraciones filosóficas sobre la mejor forma de soportar la desgracia que para él suponía la muerte de un hermano, acaecida durante la expedición de Claudio a Britania, insertaba en la obra un extenso panegírico del emperador y del propio Polibio, suplicando la intercesión de éste para conseguir su perdón.

\* \* \*

En sus *tratados filosóficos* expone el Maestro de Córdoba los elementos fundamentales de su doctrina, sobre todo de la ética, de conformidad, al menos en sus líneas generales, con la ortodoxia del estoicismo clásico. Son calificados como *diálogo*, si bien tengan muy poco en común con los clásicos de Platón, ni con los de Cicerón. En los de Séneca solamente se hacen manifiestos dos personajes, pero sólo el autor expone y aquella persona a quien cada uno va dirigido o dedicado no hace sino objeciones mínimas, no por propia voz, sino por la del mismo Séneca, que las recoge, objeciones que se ha dicho no son sino un medio o artificio retórico destinado a provocar la demostración de sus propias proposiciones. Los *diálogos* de Séneca son, por tanto, auténticos *monólogos* a cargo de él mismo.

El diálogo *De la Ira* (*De Ira*) es el primero, cronológicamente, entre todos, ya

que fue escrito en su mayor parte hacia el año 41, si bien su libro tercero no sería redactado por Séneca hasta el 60, según se cree. Está dedicado a su hermano mayor Marco Anneo Novato, a quien Séneca quería y reverenciaba como un segundo padre. Séneca considera la ira o cólera como una pasión no precisamente natural ni irreflexiva, sino voluntaria y consciente, y estima en ella el origen o causa de las disputas y pugnas entre los hombres.

El titulado *De la brevedad de la vida* (*De Brevitate Vitae*) es uno de los más hermosos *diálogos* de Séneca, escrito en los años 49 o 50 y dedicado a su amigo y suegro Pompeyo Paulino. Se ha dicho que Séneca condensa en esta obra toda su experiencia pesimista motivada por la deportación a Córcega, aún reciente. En la obra desarrolla como cuestión primordial la supuesta breve duración de la existencia terrenal humana, creencia tan difundida entre el vulgo. Por el contrario, Séneca afirma que la vida tiene suficiente duración para el que sepa aprovecharla bien conforme a la *ratio*. El sabio es el único de los hombres que utiliza de modo perfecto su propia existencia. En la obra se hace también una crítica de las formas sociales de la actividad humana.

*De la Clemencia* (*De Clementia ad Neronem*) fue escrito por los años 56 o 57, como contrapartida del *De Ira*, y dedicado a Nerón. Aparentemente tenía por objeto convencer al joven César de que no podía fundamentar su gobierno sino sobre la clemencia y la justicia. El gobernante justo debe procurar hallarse exento de pasión e imponer a la sociedad un orden político-social fríamente fundamentado en la *ratio*.

Los posiblemente tres mejores *diálogos* o tratados filosóficos del Maestro de Córdoba fueron escritos en los años 56 al 60, y son *De la vida dichosa*, *De la constancia del Sabio* y *De la tranquilidad del alma*. El primero de ellos, *De Vita Beata*, dedicado a su hermano Novato, constituye ante todo una defensa de sí mismo y de su forma de vida frente a aquéllos que le censuraban no conformar frecuentemente su conducta con los principios éticos por él propugnados. Sobre esto, se le censuraba el poseer enormes riquezas. Pero Séneca considera la riqueza entre las cosas que llama *indiferentes* para los filósofos, esto es, extrañas al Bien, pero *preferibles*, y se defiende de sus detractores alegando que ellos son peores que él, puesto que, aunque imperfecto, reconoce sus errores y se halla en camino de superarlos con firme decisión, para lo cual toma como ejemplo los maestros filosóficos y los sabios, en tanto que sus detractores no hacen tal cosa.

En el titulado *De la constancia del Sabio* (*De Constantia Sapientis*), dedicado a su pariente y gran amigo L. Anneo Sereno y escrito casi con seguridad en el año 56 o en el 58, hace Séneca una descripción y apología magistrales del *Sabio* estoico, supremo ideal humano a que debe aspirar y encaminar sus pasos el hombre especialmente dotado, no común. Toma como ejemplo al famoso Catón y afirma que el *Sabio* no puede recibir injuria alguna, ya que, siendo el fin de ella la producción de algún mal, el *Sabio* se encuentra por encima de todos los males y en posesión de la firme *Virtus*, no necesitando de nada más.

En *De la tranquilidad del alma* (*De Tranquillitate Animi*), escrito en los años 59-60, dedicado también a L. Anneo Sereno, Séneca vuelve a considerar el problema de la actividad social y del retiro u ocio, y propone una vía mixta, en la que se alternan

y coordinan la soledad y la vida social, *solitudo* y *frequentia*. La actividad debe tener un fin conforme a la *ratio*, pero el hombre, «que ha nacido para morir», debe buscar la paz interior y conseguir la firmeza de ánimo que los griegos llamaban *euthimia* y a la cual Séneca da la denominación de *tranquillitas*.

Los dos últimos *diálogos* filosóficos escritos por Séneca son *De la Providencia* (*De Providentia*) y *Del ocio* (*De Otio*), ambos de los años 62-63, si bien algunos autores, como Astrana Marín, quieren que el primero sea de fecha muy anterior, haciéndole contemporáneo del *De Brevitate Vitae*, pero su dedicación a Lucilio, que es presumiblemente el mismo destinatario de las famosas *Epístolas*, comenzadas a escribir precisamente en los años 62 ó 63, parece invalidar dicha tesis. En *De Providentia*, Séneca justifica y explica la aparente contradicción de que exista una Providencia divina y, al mismo tiempo, sucedan males e infortunios a los hombres virtuosos. En el *De Otio*, dedicado a L. Anneo Sereno, vuelve a plantearse el inquietante problema de la intervención del individuo en la vida social y su posible coordinación con la vida contemplativa. En la obra muestra pesimismo político y traza un sistema de las formas de vida posibles.

\* \* \*

Como obras filosóficas más extensas de Séneca nos quedan por examinar el tratado sobre *Los Beneficios*, las *Cuestiones naturales* y las *Epístolas* dirigidas a Lucilio. Los siete libros sobre *Los Beneficios* (*De Beneficiis*), escritos por los años 58 a 62 (o quizá 64) están dedicados a su amigo Ebucio Liberal y adolecen de cierta carencia de cohesión y de método, quizá por haber sido escritos en forma un tanto esporádica. La reciprocidad del dar y el recibir que constituye el beneficio hace de éste, según Séneca, el vínculo más importante dentro de la sociedad humana.

Las *Cuestiones Naturales* (*Naturales Quaestiones*) fueron compuestas en los años 62 y 63, aun cuando una gran parte de la obra ya tenía esbozada Séneca bastantes años antes. Comprenden siete libros, en los que trata con detalle de los diferentes fenómenos físicos y su elucidación. El libro I trata de los meteoros luminosos; el II, del rayo y del trueno; el III, de las aguas terrestres, ríos, lluvias e inundaciones; el IV, en su primera parte, del Nilo y sus crecidas, y, en la segunda, de las nubes; el V, del viento; el VI, de los temblores de tierra, y, finalmente, el VII, de los cometas, acerca de los cuales expone teorías bastante parecidas a las contemporáneas. Afirmase que se inspiró en Posidonio de Apamea, quien había escrito varias obras semejantes.

Las *Cuestiones naturales* no pueden considerarse como un tratado científico al modo actual, sino como una obra filosófica con grandes valores literarios, pues Séneca muestra en ella un magnífico estilo, semejante al de sus mejores *tratados* o *diálogos* filosóficos que hemos visto. Constituyen, ante todo, una exposición de la «física» (entendida no en el sentido moderno del término, sino en el tradicional de «cosmología») y de la teoría del conocimiento de la doctrina estoica. Pero, además, la obra encierra, interlineado con la descripción de los fenómenos físicos y su encuadramiento dentro del Cosmos visualizado por los estoicos, un verdadero compendio de ética. Séneca intenta exponer la utilidad moral del conocimiento de la Naturaleza, y por ello los fenómenos son descritos en forma tal que, por inferencia lógica, deri-

ven de los mismos conclusiones morales, y, en tal sentido, el gran pensador bético agradece a la Naturaleza que le haya concedido el percibir detrás de los fenómenos algo más de lo que se capta por medio de los sentidos.

Las *Epístolas morales a Lucilio* (*Ad Lucilium Epistolarum Moralium Libri XX*) constituyen, sin lugar a dudas, la obra maestra de Séneca. En ellas se nos hacen manifiestas la culminación y la definitiva formulación de su doctrina, así como la comunicación de su propia y auténtica experiencia espiritual. Frente a toda la anterior obra del Genio cordobés constituyen algo completamente distinto, nuevo, insólito y definitivo. La riqueza de temas y la gama inagotable de cuestiones que en experiencia vital y humana nos ofrecen desborda con mucho de los límites marcados por la doctrina del estoicismo clásico, a cuya dogmática se había ceñido Séneca, con observancia más o menos estricta, en sus tratados precedentes. El Séneca que nos muestran estas *Epístolas* es diferente. Ha dejado de lado toda preocupación social y política y ahora se eleva hacia un ideal de perfección, hacia la auténtica Sabiduría y la pura Virtud. En cuanto a su valor literario, bastarían para calificar a su autor como uno de los más grandes maestros de la prosa latina.

Las *Epístolas* son en número de ciento veinticuatro, redactadas en los años 62 a 65 y dispuestas posteriormente en veinte libros que, salvo los tres primeros, carecen de unidad temática. Su destinatario, Lucilio, espíritu selecto, gran amigo de Séneca, si bien diez años más joven que él, ocupaba el cargo de administrador de los bienes imperiales en Sicilia.

\* \* \*

Séneca hacia los dieciocho años había concluido sus estudios de *retórica* — o arte de la oratoria, fundamental para todo romano culto y estimado necesario para la dedicación activa a la vida pública — a plena satisfacción de su padre, quien quería a toda costa verle emprender rápidamente la carrera de los honores públicos, pero parece ser que ya en este período de su vida el insigne cordobés había intuido la importancia del mundo interior o espiritual, mucho más atrayente para él que el exterior, integrado sobre todo por la vida pública, político-social. En consecuencia, tendió fundamentalmente hacia una dedicación filosófica, pero ese su despertar espiritual, empero, quizá por la considerable influencia que sobre él ejerciera su padre — quien, al parecer, no gustaba mucho de la filosofía ni de la vida espiritual y sí de la historia, la retórica y las disciplinas sociales y jurídicas —, no fue lo bastante poderoso y exclusivo *ab initio*, y a causa de ello el inmenso talento de Séneca, que le califica como una de las personalidades más sobresalientes, sin duda, entre todos los autores clásicos, no fue enderezado íntegramente hacia el conocimiento superior y filosófico hasta ya bastante avanzada su edad madura; es más, creemos que su dedicación exclusiva y completa a la filosofía no se lleva a cabo sino con el definitivo alejamiento de la política en el año 62. Los tres últimos años de su vida se hallan ocupados por completo por la especulación filosófica y los problemas espirituales y éticos, cuestiones que anteriormente coordinaba con una serie de actividades y estudios dispares entre sí y que dan testimonio de un increíble polifacetismo; Séneca, en efecto, fue al mismo tiempo retórico famoso, literato insigne, brillante poeta, no-

table dramaturgo, geógrafo, investigador de la Naturaleza, jurista, hombre de negocios, político insuperable, etc., además de filósofo, por ello, no alcanzamos a imaginar a qué grado insospechado habriase elevado el Genio cordobés de haberse dedicado exclusivamente a la Filosofía.

Casi adolescente aún, Séneca fue atraído por las dos sin duda más notables escuelas o doctrinas filosóficas que predominaban en el ambiente espiritual de Roma: la pitagórica y la estoica o *del Pórtico*, así denominada esta última porque, fundada por Zenón de Citium o Kition hacia el año 300 a. de J. C. en Atenas, dicho maestro comenzó a enseñar en el lugar del *Agora* conocido como *Poikilé Stoa* (Pórtico o Galería de las Pinturas). Séneca mantuvo estrecha vinculación con ambas escuelas, siendo tres los principales maestros cuyas enseñanzas recibió en este su primer período juvenil de dedicación filosófica y espiritual, Papirio Fabiano, Attalo y Soción de Alejandría, ecléctico el primero, estoico el segundo y pitagórico el último. Los tres influyeronle decisivamente, Fabiano por su modo elegante y disertado de exponer las cuestiones filosóficas, con una notable elocuencia asumida de los retóricos de quienes procedía. En cambio, Attalo le atraía por el sistema de ética que postulaba, de perfeccionamiento o *catharsis* interior mediante un ascetismo consciente, y, en realidad, fue de hecho quien más influyó sobre nuestro filósofo, pues toda la obra de éste se desarrollaría, más o menos, dentro de la corriente estoica a que pertenecía Attalo, si bien Séneca siempre mantuvo, como veremos, una cierta autonomía personal con relación a la ortodoxia del Pórtico. También durante un período de poco más de un año, Séneca, convencido por Soción y sin abandonar las enseñanzas de Fabiano y Attalo, entró a formar parte de la confraternidad de los pitagóricos, atraído quizá por la circunstancia de que el pitagorismo, más que una filosofía puramente especulativa al estilo de nuestro tiempo, constituía una auténtica doctrina espiritual completa, teórica y práctica, con varios grados de conocimiento y de realización espiritual que la calificaban como una iniciación esotérica, y, además, formaba de hecho una especie de trasfondo doctrinal que ya antes de Cicerón se hallaba a la base de todas las filosofías y escuelas espirituales existentes en la capital del Imperio. Esta frecuentación y trato directo con las escuelas filosóficas fue abandonado por Séneca aproximadamente a los veintiuno o veintidós años de su edad, quizá por influjo de su padre que, como se ha visto, quería inclinarle decididamente del lado de la retórica y la vida pública. Empero, Séneca, siempre mantendría un interés preponderante por el conocimiento superior o filosófico, interés que fue acentuándose progresivamente en él con el transcurso de los años, hasta llegar a su culminación, según se dijo, hacia la sesentena.

Si bien su pensamiento sigue en sus líneas generales las doctrinas y problemas de la filosofía del Pórtico, Séneca, a diferencia de casi su contemporáneo Epicteto, se aparta con notable frecuencia de las enseñanzas de los primitivos maestros de la escuela estoica y muchas veces adopta soluciones propias e independientes, que nos ofrecen un innegable tinte personal. Los maestros anteriores, dice, no son para él sino simplemente guías (*non domini... sed duces*, afirma en su XXXIII *Epístola a Lucilio*, 11).

lio, 11). Más aún, en determinadas cuestiones, Séneca cita e incluso sigue a autores y maestros pertenecientes a escuelas y corrientes filosóficas diferentes y hasta opuestas a los estoicos. Profesaba una notoria admiración por la escuela de los cínicos, que a sí mismos se consideraban los discípulos directos del sublime Sócrates, a quien también hace frecuentemente alusión Séneca. Uno de los mejores amigos de nuestro filósofo y por él superlativamente admirado era el cínico Demetrio, de quien el genial cordobés afirmaba ser «el más valeroso de los filósofos». En su notable tratado *De Brevitate Vitae*, cap. XIV, no duda en afirmar que «si los estoicos dominan la naturaleza humana, los cínicos la sobrepasan».

También el fundador de la escuela directamente opuesta a los estoicos, el propio Epicuro, es frecuentemente citado por Séneca, quien habla de él con cierto respeto y hasta con simpatía a veces. Numerosas entre las notables *Epístolas a Lucilio* se concluyen con una sentencia del maestro del *Jardín*, sentencias que el hispanorromano calificaba de *egregias* (*Epicuri egregia dicta*, dice en su *Epístola XXI*, 9) y en esto es una excepción dentro del estoicismo, pues las demás figuras de esta corriente de pensamiento atacaron sin compasión ni comedimiento a la doctrina epicúrea.

Como cita y sigue doctrinas y opiniones de otros filósofos no pertenecientes precisamente a los estoicos — a más de los expresados, Aristóteles, Platón, Carnéades, etc. — para algunos investigadores y críticos Séneca habría de ser estimado como un filósofo ecléctico que, sin abandonar un mínimo de principios doctrinales estoicos, busca y aprovecha, siempre que puede, en otras escuelas y doctrinas, incluso en la epicúrea, todo aquello que pudiera contribuir a formar un sistema propio, realmente centrado no en el estoicismo primitivo y clásico de Zenón, Cleanto y Crisipo, los cuales apenas inspirarían a Séneca, sino en el estoicismo posterior de Panecio de Rodas y Posidonio de Apamea, que son quienes de hecho introducen la doctrina del *Pórtico* en Roma, si bien un tanto teñida de pitagorismo.

Empero, si son numerosos los que postulan la tesis afirmativa de la existencia de un sano eclecticismo en la filosofía de Séneca, eclecticismo que parecería expresamente afirmado por el propio cordobés (en su *Epístola LXXXIV*, dice «...debemos escoger y clasificar lo que hemos recogido de nuestras diversas lecturas... y confundir después, en un sabor único... estos diferentes extractos...») también se mantiene fundadamente la tesis opuesta. Así, el eminente investigador P. Grimal asevera que la ortodoxia estoica pesa sobre el gran filósofo hispanorromano bastante más de lo que él mismo confiesa y que sus tratados más antiguos reproducen casi completamente los postulados y razonamientos clásicos de la escuela estoica. Séneca estaría fuertemente adherido a los principios fundamentales del sistema estoico y sólo recurre a argumentos lógicos extraños a la escuela luego de haber agotado los pertenecientes al estoicismo clásico, por lo que sus declaraciones de autonomía habrían de ser consideradas con cierto escepticismo. Es solamente en su obra más acabada y perfecta, testimonio de una madurez total de su pensamiento, las *Epístolas a Lucilio*, donde explícitamente rechaza, dice Grimal, alguna que otra tesis estoica, pero las únicas objeciones que realmente presenta al estoicismo clásico se refieren a cuestiones puramente dialécticas, o, precisando más, a problemas de exclusivo interés teórico, reprochando a la doctrina estoica anterior su excesiva sutileza, con el empleo

abusivo de minucias lógicas que no hacen sino retrasar en la consecución del Bien. No obstante, según el mismo autor, en las citadas *Epístolas* encuéntrase alusiones a la física y a la lógica perfectamente concordantes con la doctrina estoica clásica.

Una posición intermedia es la sostenida por J. García-Borrón, notable investigador español a quien se debe, ha pocos años, un magistral estudio sobre la filosofía de Séneca, sin duda el libro más importante que sobre el Genio de Córdoba se haya escrito en castellano. Afirma García-Borrón que Séneca no es propiamente un filósofo de escuela sino un pensador interesado por la filosofía, que se formó en el estoicismo por ser la doctrina más sobresaliente en su época. A pesar de ello, Séneca es un pensador libre y sin prejuicios, no obstante hallarse centrado en el estoicismo y ser deudor a este sistema de las principales estructuras de su formación filosófica; de las doctrinas suyas, unas, las más sin duda, proceden de los estoicos, en tanto que otras han sido extraídas de distintas fuentes y muchas han brotado espontáneamente de su propio espíritu. «La obra de Séneca — dice García-Borrón — está llena de una abrumadora copia de materiales genuinamente estoicos...» Categóricamente podemos decir que Séneca, llegada la hora de su propio y personal magisterio, seguía considerándose a sí mismo situado en la tradición filosófica de «la Stoa...». Diversas aseveraciones que hace el propio Séneca (*Soleo et in aliena castra transire*, dice en su *Epístola II*; *Quid verum est, meum est*, afirma en la *Epístola XII*; *Quidquid bene dictum est ab ullo, meum est*, expone en la *Epístola XVI*) no son base suficiente para calificarle como un pensador ecléctico, según quería Bonilla y San Martín, ni menos «armonista», como le denominaba Menéndez y Pelayo, sino que sólo constituyen «una declaración de la independencia necesaria al propio filosofar». Esta le lleva no solamente a admitir las propias conclusiones epicúreas cuando en la práctica, y haciendo abstracción de los principios diferentes de que procedían, venían a coincidir con las estoicas, sino incluso a reprobar en determinadas ocasiones a los maestros clásicos del estoicismo (así, en la *Epístola LXXXVIII*, llega a calificar a determinadas doctrinas de aquéllos como «dignas de ser cortadas a hachazos»).

\* \* \*

Creemos, no obstante, que en la consideración de la doctrina de Séneca desde una perspectiva integral las más de las veces se ha desmesurado notablemente la importancia que pueda tener su filiación con la escuela estoica originaria, así como su real o supuesto eclecticismo, y que, en cambio, debería estimarse como fundamental el reconocimiento de una evolución o desarrollo progresivo en su pensamiento y doctrina, desarrollo que hace patente una constante pugna interior, no manifiesta en una primera ojeada a sus escritos. Exteriormente sigue una línea bien definida tendente a la conformación de su propio y personal sistema, parejo en su logro con la superación interna que, mediante una auténtica *ascesis intelectual*, le da acceso a la por él tan supremamente decantada condición del *Sabio*. Ese aspecto externo, propiamente teórico, de la progresiva transformación doctrinal de que hablamos se halla, pues, doblado por el otro aspecto, de carácter interno, primordialmente autorrealizativo; centrado en la ética, y en esa realización aquellos elementos doctrinales tomados de diversas fuentes y que, contemplados desde el exterior, han dado lugar a

su calificación de *ecléctico*, no son sino otros tantos soportes o medios expositivos, de validez exclusivamente formal, en la vía o *itinerarium spiritualis* que conduce a la consecución de la Virtud integral, al logro del Supremo Bien y al grado o nivel más elevado en la realización individual que constituye el *Sabio*. A lo largo de dicho desarrollo se hace manifiesta en su obra una contradicción, más aparente que real, dimanada de su primaria actitud dual por la que se obligaba a una coordinación de la ética individual con la moral social, así como de la vida contemplativa del aspirante a *Sabio* con la vida activa, exigida como normalmente necesaria por la tradición latina para el ejercicio de la *virtus* romana, que era un conjunto de tareas o motivaciones concretas de carácter ritual-social, impuestas como imperativos categóricos. Consecuentemente, a la *vita actuosa* del hombre romano se opone la *vita otiosa* del hombre filósofo. Por la época en que escribe sus tratados filosóficos esta oposición constituye problema fundamental sobre el cual vuelve Séneca una y otra vez en aquéllos; no debe olvidarse que esa época coincide parcialmente con el período de su *ministerio*, que concluye el año 62, y, por tanto, la cuestión es de capital importancia para su propia justificación. Pero la situación varía en sus últimos años 62-65, en que, con su total separación de la *vita actuosa*, alcanza la culminación intelectual, patentizada en sus notabilísimas *Epístolas a Lucilio*, que, según P. Grimal constituyen «el testimonio de una madurez casi perfecta de su pensamiento, para el cual ya no es necesario apoyarse en razonamientos ni demostraciones previas...». En ellas se encuentran, adornadas de un brillante estilo literario, sus últimas conclusiones en cuanto a los temas fundamentales de su doctrina, naturaleza de la Filosofía y de la Sabiduría, carácter y realidad del *Sabio*, importancia del Bien y de la Virtud como fin último de toda enseñanza teórica y práctica, y superación del temor y de la inquietud que proceden de la certidumbre e inevitabilidad de la muerte. Esa pretendida contradicción de que hablamos se resuelve, según P. Aubenque y J. M. André — autores de un recentísimo ensayo sobre Séneca, que es el mejor y más profundo resumen de su problemática filosófica y espiritual — «...si se piensa que Séneca en tanto que sabio presenta dos caras. Heredero de un sistema, se obliga a exponerle en obras exotéricas que incorporan la ortodoxia del Pórtico...él no reniega jamás formalmente un dogma estoico... Estoico ortodoxo, Séneca ha reivindicado en el interior del sistema una especie de libertad de espíritu... ha reivindicado el derecho de seguir un desarrollo espiritual original... Para él mismo y para el pequeño cenáculo de amigos que buscan serenidad y bienaventuranza Séneca ha escrito obras exotéricas en las que el Yo se expande como una experiencia espiritual positiva y la existencia aparece como el camino más corto hacia la Sabiduría. Un arte de vivir reemplaza el desarrollo moral deductivo... Las *Epístolas a Lucilio*... realizan esta vocación exotérica de la Sabiduría...».

\* \* \*

La filosofía es para Séneca la ocupación seria y vital por excelencia. Por un lado, no es una mera distracción, pero tampoco un simple saber erudito. No reside en los textos, sino en la vida; no enseña definiciones, sino la realidad de las cosas. Séneca desautoriza completamente aquellos falsos maestros que pierden el tiempo en

disquisiciones de carácter más bien filológico que filosófico y que transforman la filosofía en un simple arte del bien decir y de procurar respuesta adecuada a cualquier pregunta. Por otra parte, censura a los supuestos discípulos o aspirantes que asisten a las enseñanzas filosóficas por mero entretenimiento – cosa que, al parecer, acaecía con relativa frecuencia en su época –, y tampoco considera alentador el cometido de aquellos que se afanan en acumular conocimientos de tipo enciclopédico. A todos ellos los fustiga y critica en varias de sus obras, y, en especial, en las *Epístolas* LVIII. LXXXVIII, CVIII y algunas otras. En otro lugar, Séneca afirma que la filosofía «...no es un arte de charlatanes... no reside en las palabras, sino en realidades. No se recurre a ella para pasar el tiempo distrayéndose... La filosofía da al alma su belleza, la modela, ordena la vida, regula la acción, muestra con evidencia lo que se debe hacer y lo que es preciso evitar... sin ella no se puede vivir en seguridad y sin temer...» (*Epístola* XVI). El fin de la filosofía es la búsqueda de la Virtud, de la perfección moral («no hay filosofía sin virtud, ni virtud sin filosofía», dice en su *Epístola* LXXXIX). Activa por esencia y debiendo ir coordinada con todo hecho vital, la filosofía da firmeza a la contingente naturaleza humana, conmovida por la caprichosa fortuna, por el impenetrable fatum, y hace surgir una autonomía interior, verdadera libertad, que da como frutos la serenidad ante todos los eventos, el equilibrio del alma – desembarazada de todas las contingencias sociales, históricas, y, en general, temporales – y una auténtica alegría o bienestar, desconocidos para el hombre vulgar (*homo stultus*), que vive entregado al azar y sometido a las creencias y opiniones comunes.

Distingue Séneca entre *Filosofía* y *Sabiduría*. La primera constituye el camino, vía o medio que conduce a la segunda, así como el amor o dedicación enderezados a obtenerla. La Sabiduría es la perfección del alma humana y el verdadero fin que debe alcanzar el hombre. En su *Epístola* LXXXIX afirma «... la Sabiduría es el bien del espíritu humano en su perfección. La Filosofía es inclinación y búsqueda de esa Sabiduría. La primera muestra el fin a donde llega la segunda...». Pero, en realidad, no hay una verdadera escisión entre ambas y sí solamente un desarrollo progresivo, al modo de una verdadera iniciación, que comienza en el gusto por la primera y concluye con la posesión de la última. La escisión sólo se presenta desde el punto de vista del profano o aspirante, que «...carece aún de la capacidad de visión sintética o de conjunto...». La filosofía se ofrece, por tanto, a los hombres corrientes que buscan la perfección del *Sabio* y no tienen aún la capacidad de aquél, consistente en captar la realidad en su conjunto orgánico, pues el alma del *Sabio*, dice Séneca, «...abrazo el contenido de la filosofía toda entera con tanta rapidez como nuestra vista recorre el cielo...» (misma *Epístola* LXXXIX).

\* \* \*

Asume Séneca la tradicional clasificación estoica de la filosofía en *lógica*, *física* y *moral*, por orden de importancia creciente. En su *Epístola*, tan citada como fundamental, LXXXIX, establece que «...la Moral regula el alma, la Física examina la Naturaleza, la Lógica critica el sentido de las palabras, su empleo y los juicios...». A esta última parte, la lógica, Séneca no da gran importancia en general, cen-

surando, por el contrario, el desmedido auge que había asumido con la *Stoa* originaria, con su exceso de sutilezas y minucias que retrasan la consecución del Bien. Si los estoicos originarios estimaron a la Lógica como parte fundamental de su sistema, no hace lo mismo Séneca y llega a decir *Ego non redigo ista ad legem dialecticam* (*Epístola* LXXXII). No obstante, toma en consideración una de las funciones esenciales de la lógica. Dado que el discurso no lleva directamente sobre los objetos, sino que entre éstos y aquél – que es tan *corporal* como ellos – se interpone un dominio *incorporal*, donde actúa la *significatio* o *lekton*, la facultad de significación o expresión, a la lógica compete el distinguir las diferentes significaciones de una misma palabra para denunciar lo que Séneca llama «las ambigüedades de la vida y del lenguaje...» que conducen frecuentemente a la hipócrita solución de atribuir al lenguaje los equívocos del comportamiento y de la acción (*Epístola* XC).

\* \* \*

Séneca sigue en sus líneas generales a la *física* del estoicismo clásico, la cual es propiamente una *Cosmología*, pues comprende todo lo manifestado en la *Physis* o *Naturaleza*, entendida no en el sentido moderno y abstracto de conjunto de fenómenos sensoriales, sino en el tradicional, orgánico y concreto de *Cosmos* que deviene y se halla sujeto al cambio y al perecimiento según leyes cíclicas invariables. En tal sentido, la *física* estoica y la de Séneca es también, al mismo tiempo que una *Cosmología*, una *Teología* y una *Psicología*, ya que, por un lado, los mismos dioses o entidades superiores están sometidos al perecimiento al final del ciclo máximo o Eón cósmico, y, por el otro, el alma humana también forma parte de la *physis*, y, concretamente, del aspecto o dominio *sutil* de la misma.

Los estoicos han sido calificados de *panteístas*, *monistas existenciales* e, incluso, de *materialistas*. Para Séneca, que sigue en este punto especialmente a Posidonio de Apamea, el Cosmos es un Todo orgánico y viviente. Existe una analogía estructural entre la parte, aún la más pequeña, y ese Todo, de tal forma que cada entidad particular constituye un *microcosmos* o pequeño mundo semejante a aquel Todo o *Macrocosmos*. A esta analogía existencial se anuda la ley cósmica de la interdependencia universal: en virtud de la cual todas las partes de ese Universo o Cosmos *simpantizan* entre sí (véanse *Naturales Quaestiones*, *passim*, y la *Epístola* CVIII).

Ahora bien, todo aquello que constituye el Cosmos es *corporal*. *Realidad* y *corporalidad* se corresponden e identifican. Existe una Realidad primordial o energética, extremadamente sutil y cálida, que recuerda el *Fuego Primordial* de Heráclito. Es un aliento vital, tan pronto denominado *Logos* como *Pneuma* o *Spiritus*, estimado asimismo como *Mente Universal* (*Mens universi*, en *Naturales Quaestiones*, I), como *Alma del Mundo*, y que para Séneca es un *substratum* o sustancia continua e indivisible que tiene una fuerza de expansión indefinida y autónoma, la cual no disminuye con el incremento de volumen o espacio. Este *substratum* es el que mantiene la cohesión de las cosas complejas, como nuestro cuerpo y, en general, todo lo organizado que existe en el Universo (*Naturales Quaestiones*, II y III). Ese *Pneuma*, *Spiritus*, aliento vital, etc., al que se identifica *Dios* como principio inminente al Cosmos, es para Séneca *corporal*. Consiguientemente, y en concordancia con la ley de analogía estructural

ral o de correspondencia de que antes se ha hablado, las cosas que resultan de esa Realidad substancial y que componen el Universo también son corporales, y, asimismo, lo son sus cualidades. El alma humana es, del mismo modo, *corporal*, y sus cualidades, que son las realidades de la vida psíquica — virtudes, vicios, pasiones, emociones, pensamientos, etc. — son *corporales* necesariamente. En este universo poblado de elementos *corporales* o *materiales*, si bien muchos de ellos sean de materia *sutil*, *psíquica* y aun *espiritual* — por lo que no se puede calificar a los estoicos de *materialistas* en el sentido moderno de la expresión — surge el problema de cómo explicar la compenetración de los cuerpos, que debería prolongarse *ad infinitum*, cuestión en verdad insoluble, como ya lo demostró el gran Plotino en la crítica que hizo de los estoicos. Con éstos, Séneca admite también un dominio *incorporal*, de una realidad no bien definida y problemática, integrado por cuatro categorías de entidades: las *significaciones*, *expresiones* o «cosas dichas» (*lekta*, en griego), el *vacío*, el *lugar* y el *tiempo*.

Séneca sigue también al estoicismo clásico en su fundamental teoría del perecimiento y renovación cíclica del Cosmos (así, por ej., *Consolación a Marcia*, XXIV). A la aniquilación del Universo por el fuego (*ekpirosis*) nada escapa, ni aun los Dioses o Entidades superiores que, como *corporales*, no pueden librarse de esta desaparición de todas las formas, la cual es seguida de una renovación cósmica (doctrina del eterno retorno). Por ello, quienes defienden la admisión por Séneca de una inmortalidad del alma individual olvidan que, por ser ésta *corporal*, dicha inmortalidad sólo podría consistir en una *supervivencia*, cumplida en el dominio *sutil* o psíquico y diferida hasta el fin del ciclo o Eón cósmico, cuyo término hace desaparecer toda entidad individual.

La Moral o Ética constituye la coronación del sistema filosófico de Séneca. A tal propósito, dice autorizadamente García-Borrón: «...lo ético es, en el senequismo, central; substantivo y casi exclusivo. Al interés moral se subordina todo otro, en tanto que lo ético no es subordinado ni a fundamentos teóricos ni a finalidades extraéticas... La Ética interesa a Séneca exclusivamente por sí y para sí misma. La considera como sustantiva, como no necesitada de verdadera fundamentación en parte alguna de la filosofía teórica... y, en cambio, sirve ella, la Ética, de soporte y guía de nuestra elección en los Problemas teóricos con que se conecta...» y afirma que esta actitud difiere del estoicismo ortodoxo, que derivaba la Ética de la Física o Cosmología.

Creemos que la Ética de Séneca es, en último término, una disciplina autónoma de descondicionamiento humano, que tiende, por tanto, a conseguir una libertad interior, una verdadera realización espiritual. Moral autónoma, no se fundamenta, en efecto, en ninguna disciplina teórica, ni tampoco en una creencia o fe religiosa asumida *a priori*; excluye, en consecuencia, todo sentimentalismo. La Moral de Séneca es eminentemente intelectual en el sentido auténtico del término; se halla fundada en la *ratio*, que para Séneca no es la razón del pensamiento moderno (facultad exclusivamente *individual*), sino que se asemeja al *Nous* o *Intellectus* y es, en su esen-



NERON y SENECA, por Barrón. (Grupo escultórico existente en el vestíbulo de la Casa Municipal de Córdoba).—Foto Ladis. Córdoba.

cia, *suprahumana y supraindividual*; mediante ella, el hombre participa del mundo superior o Divino (*Epístola XCII y Naturales Quaestiones, I*). En realidad, el Dios de Séneca es la *Mens o Ratio*.

El fin de la Moral es el logro del Bien Único o Soberano y la total afirmación de la Virtud. La doctrina del Bien es el dogma central o fundamental, si así puede decirse, de la Moral senequista. Cual sea la naturaleza y la esencia de este Soberano Bien, de este Bien Único, no es expresada por Séneca de una vez por todas, sino que en sus obras ha multiplicado las calificaciones y las definiciones, unas y otras fragmentarias, pero que se complementan entre sí, dado que una definición precisa es, al parecer, imposible. En la *Epístola CXVIII* definele como «lo que provoca el impulso del alma hacia ella misma conforme a la naturaleza... entonces es idéntico a lo «honesto (*honestum*)»; en la *Epístola LXXI* caracterízalo también como lo *honesto* y en la *LXXII* afirma que consiste en la alegría continuada y perfecta; en la *Vida dichosa* afirmale inmortal en una eternidad sin riesgos (cap. VII) y consiste «en la perfección «de no desear cosa alguna... en un vigor inquebrantable del ánimo... en providencia, «elevación, decoro, salud, libertad y concordia...» (cap. IX).

La Moral de Séneca, que es señaladamente personalista, conduce a ese supremo ideal que para el filósofo hispanorromano es el *Sabio* estoico, quien, hallándose en posesión de ese Soberano Bien de que se ha hablado, ha accedido al máximo grado que puede alcanzarse a partir de la condición humana, sin depasarla totalmente. El hombre corriente en cambio, según Séneca, se halla sometido al juego alternante de la *naturaleza (natura)* y de la *fortuna o fatum*. La *natura* es aquello propio del hombre, que está en su interior, en tanto que la *fortuna* es el conjunto de influencias que puede afectarle desde el exterior. La tarea de la Moral es la de liberar progresivamente al hombre de la esclavitud a que le somete ese mundo extraño a él, *alienum*, con sus mutaciones aparentemente caprichosas e imprevisibles; es preciso conseguir la autonomía, la libertad y la paz (*Epístola LXXIII*). La libertad y la paz interiores serán, pues, la verdadera naturaleza humana gozada en su plenitud, y, correlativamente, implicarán la posesión del Soberano Bien.

Pero la *via o itinerarium spiritualis* es difícil y sólo el *Sabio* puede decir que ha llegado a su término. Aun viviendo exteriormente como un hombre común, el *Sabio* ha conseguido un grado de perfección tan sublime que casi no puede expresarse con palabras, y, por otra parte, tan difícil de alcanzar que puede considerarse como un ideal, imposible de encontrar jamás plenamente realizado (*Epístola LXXV*) y se presenta como un término o estado sobrehumano, límite al que conviene acercarse progresivamente. «Excepto en que es mortal, es análogo a «la Divinidad» (*De la constancia del Sabio, VIII*); es, incluso, superior, desde cierto punto de vista, a los Dioses, ya que éstos «están exentos de males y el hombre sabio puede vencerlos...» (*De la Providencia, VI y Epístola LIII*).